

IMANOL ZUBERO

Objeción de conciencia y profundización en la democracia

Recientemente conocíamos a través de un medio de comunicación la existencia de un dossier sobre la evolución de la objeción de conciencia en 1994, elaborado por el Gabinete del ministro de Justicia e Interior, según el cual la insumisión podía ser considerada como “una forma de participación política” y “en cierto modo leal al sistema democrático”.¹ Por su novedad, contrasta esta aproximación con otras que insisten en descalificar la insumisión por considerarla insolidaria, antidemocrática y antisistema.

Es muy cierto que la desobediencia civil, la resistencia en conciencia a someterse a decisiones colectivas consideradas injustas, introduce una cuña en los cimientos de cualquier proyecto de convivencia. Como señala Cotarelo: “Toda colectividad civilizada propugna la existencia de unos ciudadanos maduros razonantes, capaces de decidir de modo autónomo sus destinos. Es el muy conocido ideario ilustrado. Pero, al mismo tiempo, ninguna colectividad civilizada que pretenda seguir siéndolo puede abandonar al ámbito de la conciencia individual la decisión de obedecer o no a los mandatos del poder. En estas condiciones, la acción política reside en encontrar un punto intermedio entre el orden racional de la ley igual para todos y el ejercicio de las facultades íntimas de enjuiciamiento moral de la norma”.²

Los seres humanos tenemos una fuerte propensión a la construcción de mundos sociales estables, seguros. Esta propensión se manifiesta, de forma paradójica, hasta en los momentos históricos más inestables: en los momentos de cambio revolucionario. Albert Camus escribió: “El revolucionario es al mismo tiempo rebelde o ya no es revolucionario, sino policía y funcionario que se vuelve contra la

¹ *Diario 16*, 2 enero 1995.

² Ramón García Cotarelo, *Resistencia y desobediencia civil*, Eudema, Madrid, 1987, p. 17.

Imanol Zubero es profesor de Sociología en la Universidad del País Vasco.

*Pero si es
impensable
que una
colectividad
humana
pueda
organizarse a
partir de la
voluntad
individual, no
lo es menos
que pretenda
organizarse
contra ésta.*

rebelión. Pero si es rebelde, termina alzándose contra la revolución. Por lo tanto, no hay progreso de una actitud a otra, sino simultaneidad y contradicción que crece sin cesar. Todo revolucionario termina siendo opresor o hereje”.³

En efecto, hasta quien busca una modificación radical de la realidad (una revolución) lo hace con el objetivo de construir otra realidad estable, hasta el punto de convertirse en policía-guardián de esa otra realidad surgida del proceso revolucionario. Esta propensión a la estabilidad, a la seguridad, nos está señalando ya la principal razón por la que la transformación de la realidad resulta tan difícil, e imposible que la norma social última sea, para todo y para todas y cada una de las personas, la voluntada individual.

Pero si es impensable que una colectividad humana pueda organizarse a partir de la voluntad individual, no lo es menos que pretenda organizarse contra ésta.

Para resolver esta contradicción, de bien poco sirven en la práctica recomendaciones como la que hacía Stuart Mill: “¿Cuál es entonces el justo límite de la soberanía del individuo sobre sí mismo? ¿Dónde empieza la soberanía de la sociedad? ¿Qué tanto de la vida humana debe asignarse a la individualidad y qué tanto a la sociedad? Cada una recibirá su debida parte, si tiene la que más particularmente le interesa. A la individualidad debe corresponder la parte de la vida en la que el individuo es el principal interesado; a la sociedad aquella en la que ella esté principalmente interesada”.⁴

Sin entrar en todos sus aspectos, en esta breve intervención voy a reivindicar el enorme potencial democratizador de la desobediencia, en concreto de la objeción de conciencia y la insumisión frente al servicio militar obligatorio y, más en general, frente al modelo de defensa imperante en las sociedades de occidente.

Los “agujeros negros” de la democracia

Afirma Norberto Bobbio que el índice de democratización de una sociedad no se debe medir atendiendo sólo al criterio de cuántos votan, sino al de en cuántos sitios se vota, es decir, cuántos y cuáles son los espacios de participación existentes en esa sociedad.⁵ La verdad es que esos espacios no son tantos en las sociedades industriales avanzadas.

Como señala Gurutz Jauregui, tradicionalmente ha predominado en la teoría política la tendencia a separar la actividad política de otras manifestaciones sociales, considerando que estas últimas pertenecían al ámbito de lo privado, y, por tanto, no eran susceptibles de un control equiparable al de la actividad política. Actualmente política, economía, investigación, tecnología, etc. aparecen íntima y

¹ *Diario 16*, 2 enero 1995.

² Ramón García Cotarelo, *Resistencia y desobediencia civil*, Eudema, Madrid, 1987, p. 17.

³ Albert Camus, *El hombre rebelde*, Losada, Buenos Aires, 1978 (9ª), p. 231.

⁴ John Stuart Mill, *Sobre la libertad*, Alianza, Madrid, 1979 (2ª), p. 153.

⁵ Norberto Bobbio, “El futuro de la democracia”, en *Revista de las Cortes Generales*, nº 2, Madrid, 1984.

estrechamente relacionadas y, lo que es más importante, muchas decisiones no estrictamente políticas afectan al conjunto de los ciudadanos tanto o más que otras muchas decisiones políticas. Es ésta una realidad que muy pocos pueden poner en duda en el momento actual. Sin embargo, tal constatación no va acompañada de lo que debiera ser su corolario lógico, a saber, la necesidad de aplicar a esas actividades, formalmente no políticas, controles democráticos.⁶

Más aún, podríamos afirmar que el proceso de democratización política ha entrado en clara involución como consecuencia de la incompatibilidad manifestada entre las estructuras y los objetivos del capital y las pulsiones democráticas de la población.⁷

*“Esta involución del proceso de democratización se manifiesta en la limitación de los ámbitos políticos abiertos a la intervención “normal”, en los sistemas representativos, de la “soberanía popular”; en la progresiva subordinación de las libertades y garantías individuales a la “seguridad” del funcionamiento de los aparatos de poder; en la pérdida de la centralidad del parlamento en el sistema político; en el creciente carácter “político” de las decisiones administrativas o estatalmente subalternas –por desplazamiento a la administración de funciones fundamentales del Estado–; en la transmutación en curso de los partidos políticos tradicionales en sindicatos de intereses corporativos y en su escasa democracia interna; en la intervención conformadora de los mass media en el momento electoral de expresión de la soberanía, etc. Estas manifestaciones dibujan un autoritarismo creciente y sutil, que elude los procedimientos democráticos de toma de decisiones y vuelve anómica la vida política”.*⁸

Esto es especialmente cierto en relación con el ámbito de la tecnología, paradigma de especialización y alejamiento de la vida “normal”, en el que se consuma la escisión entre el ciudadano y el técnico.

Pero esta visión técnica de la misma técnica se revela, cada vez más, como una falacia. Como dijo Marcuse: “La técnica es en cada caso un proyecto histórico-social; en él se proyecta lo que una sociedad y los intereses en ella dominantes tienen el propósito de hacer con los hombres y las cosas”.⁹ O, en términos de Gorz: “Las elecciones entre distintas alternativas de sociedad nos han sido impuestas constantemente a través de unas elecciones entre alternativas técnicas”.¹⁰

⁶ Gurutz Jauregui, *La democracia en la encrucijada*, Anagrama, Barcelona, 1994, p. 123.

⁷ Juan Ramón Capella, *Los ciudadanos siervos*, Totta, 1993, p. 111.

⁸ Juan Ramón Capella, o.c., p. 112.

⁹ Herbert Marcuse, citado en Jürgen Habermas, *Ciencia y técnica como “ideología”*, Tecnos, Madrid, 1984, p. 55.

¹⁰ Michel Bosquet (André Gorz), *Ecología y libertad. Técnica, técnicos y lucha de clases*, Gustavo Gili, Barcelona, 1979, p. 25.

La pregunta es por qué y de qué debemos defendernos, o, en la práctica, por qué y de qué nos defiende la política de defensa.

Si ésto es así, resulta evidente que “la participación no puede limitarse sólo al ámbito de las instituciones políticas, sino que tiene que extenderse también al ámbito de la sociedad civil”.¹¹ El problema, como he analizado en otro lugar, estriba en la concepción del cambio tecnológico dominante en nuestras sociedades: como un fenómeno, autónomo, que responde a su propia lógica interna, siendo por lo tanto necesario e inevitable; como la consecuencia de una revolución tecnológica aparentemente ajena a las fuerzas y poderes sociales, ante la cual sólo cabe tratar de aliviar sus posibles consecuencias negativas y aprovechar al máximo sus potencialidades, como si de un fenómeno natural se tratara.¹²

Democratizar la cuestión de la defensa

Si algún ámbito de nuestras sociedades aparece alejado de la discusión pública es el de la defensa. Y ello por cuanto es un ámbito por definición no-civil (incluso se insistirá hasta la saciedad en su carácter no-político) y extremadamente técnico.

Como muy atinadamente señalaba hace ya diez años Javier de Lucas, el problema que subyace a toda reflexión sobre la paz y la guerra es que se parte de presuponer el carácter indiscutiblemente de la defensa. De esta forma, la única cuestión relevante es la de cómo defenderse, una cuestión que se presenta hoy como extremadamente compleja, como una cuestión técnica, de modo que su respuesta sólo podrá venir de los expertos.¹³ De esta forma el verdadero problema, el problema previo, queda escamoteado, secuestrado al debate público y remitido a la consideración y decisión de unos pocos especialistas. Porque, ¿cuál es la primera y radical pregunta a la que debe darse respuesta en toda reflexión sobre la defensa, sobre la paz y la guerra? Esa pregunta es por qué y de qué debemos defendernos, o, en la práctica, por qué y de qué nos defiende la política de defensa.

*“¿Cómo se presenta este proceso de sacralización? Desde el preciso instante en que se consideran “vitales” las cuestiones de defensa y siguiendo una lógica más que discutible –la lógica de la guerra–, las medidas referentes a esta ámbito pasan a ser “demasiado importantes” para que puedan tener un carácter público, para ser discutidas abiertamente. En lugar de concluir lo que el sentido común indica, ésto es, que la supervivencia del grupo resulta demasiado importante como para dejarla sólo en manos de profesionales (técnicos y militares), se procede al contrario, separando estas cuestiones –si son máximamente vitales la separación es también la máxima: el top secret– y poniendo así la primera piedra de su sacralización”.*¹⁴

Decidir sobre el porqué de la defensa como cuestión necesariamente anterior a la decisión del cómo defendernos exige su discusión pública, por lo que todo

11 Gurutz Jauregui, o.c., p. 115.

12 Imanol Zubero, *Los sindicatos españoles ante el cambio tecnológico (entre 1975 y 1990)*, Desclée de Brouwer, Bilbao, 1993.

13 F. Javier De Lucas Martín, “La noción de defensa y la crisis de legitimidad”, en *Anuario de Filosofía del Derecho*, II, 1985.

14 F. Javier De Lucas, op. cit.

secretismo resulta inaceptable. Pero incluso el cómo debe ser objeto de discusión. Si, tal y como lo ha analizado Johan Galtung, hay alternativas, es decir, si hay un amplio abanico de cómo defenderse, la pregunta que debemos hacernos es evidente: ¿entre qué alternativas se ha decidido?, ¿quién ha tomado la decisión?, ¿cómo la ha tomado? y ¿por qué?¹⁵

En los últimos años, las ciencias sociales han visto como irrumpía en el escenario la categoría de riesgo como característica definitoria de las sociedades industriales avanzadas en los finales del siglo XX, y que constituye el lado sombrío de la modernidad.¹⁶ En palabras de Beck, el riesgo puede ser definido como una situación por la cual entramos permanentemente en relación con amenazas e inseguridades inducidas e introducidas por la modernización misma.

Una de las consecuencias más relevantes derivadas de la configuración de las sociedades industriales avanzadas como *risk society* (sociedad de riesgo) es la relevancia que adquiere la elección entre posibilidades de futuro abiertas, no pre-determinadas. Dice Giddens: “La actividad social moderna tiene un carácter esencialmente contrafáctico. En un universo social postradicional, individuos y colectividades disponen en cualquier momento de una serie indefinida de actuaciones potenciales (con sus correspondientes riesgos). La elección entre esas alternativas es siempre un asunto de “como si”, un problema de selección entre “mundos posibles”.¹⁷

Pero el riesgo en la fase actual de modernidad tardía tiene poco que ver con la concepción tradicional de riesgo:

“El concepto de riesgo, tan esencial en todos los empeños de la modernidad, pasa por por dos fases distintas. En un principio parece que simplemente es parte de un cálculo básico, un medio de cerrar las fronteras mientras se procede a invadir el futuro. Bajo esta forma el riesgo es un componente estadístico de las operaciones de las compañías de seguros; la gran precisión obteni-

¹⁵ Johan Galtung, *¡Hay alternativas! Cuatro caminos hacia la paz y la seguridad*, Tecnos, Madrid, 1984. La revista de la Bertrand Russell Foundation *END Papers* ha sido durante años un escaparate práctico de las alternativas existentes a los modelos de defensa dominantes. Para el caso español pueden consultarse: Vicenç Fisas, *Defensa 2001*. Una propuesta de defensa no ofensiva para España, CIP, *Informe nº 2*, 1990; Izquierda Unida, *Seguridad compartida: una alternativa a la disuasión militar. Un nuevo modelo de defensa. Un nuevo modelo de ejército* (sin fecha ni lugar); Roberto Mesa y Fred Halliday, *Neutralidad: la paz y el futuro, Papeles para la Paz*, Nº 25, 1988.

¹⁶ Aunque con diferencias entre ellos, destacan en este sentido los autores y obras siguientes: Ulrich Beck, *Risk Society. Towards a New Modernity*, Sage, Londres, 1992 (original en alemán de 1986); Niklas Luhmann, *Risk: A Sociological Theory*, Walter de Gruyter, Berlín-Nueva York, 1993; Anthony Giddens, *Consecuencias de la modernidad*, Alianza, Madrid, 1993 (original en inglés de 1990); Ulrich Beck, Anthony Giddens, Scott Lash, *Reflexive Modernization*, Polity Press, Cambridge, 1994; Ulrich Beck, *Ecological Politics in an Age of Risk*, Polity Press, Cambridge, 1994; Anthony Giddens, *Modernidad e identidad del yo*, Península, Barcelona, 1995 (original en inglés de 1991).

¹⁷ Anthony Giddens, *Modernidad e identidad del yo*, Península, Barcelona, 1995, p. 44.

da a la hora de calcularlo parece dar prueba del éxito alcanzado en poner el futuro bajo control.

Este tipo de riesgo es propio de un mundo donde sigue habiendo muchas cosas “dadas”, predeterminadas, incluidas la naturaleza exterior y las formas de la vida social coordinadas por la tradición. A medida que la naturaleza va siendo invadida, e incluso aniquilada, por la socialización humana, y la tradición queda disuelta, salen a la luz nuevas formas de incalculabilidad (...)

En todo el mundo, por tanto, la modernidad se ha hecho experimental. De grado o por fuerza, estamos atrapados en un gran experimento, que es obra nuestra –de los agentes humanos que somos– aunque escape a nuestro control en cierta medida imposible de calcular. No se trata de un experimento del tipo de lo de laboratorio, pues no podemos lograr que sus resultados se mantengan dentro de unos parámetros determinados; se trata más bien de una especie de aventura peligrosa en la que todos, nos guste o no, nos vemos obligados a participar”.¹⁸

Por ello Beck dirá con toda rotundidad que “no hay expertos en riesgos”, negando taxativamente la posibilidad de investigar objetivamente las amenazas potenciales derivadas de decisiones tecnológicas. Esta incalculabilidad es la que niega legitimidad alguna a los expertos para diseñar nuestro futuro, reclamando por el contrario nuestra participación:

“ La elección de un programa de investigación es una apuesta. Pero es una apuesta cuyo resultado no puede ser comprobado. La apuesta es pagada por los ciudadanos: puede afectar a sus vidas y a las de generaciones futuras (basta considerar cómo la relación de los hombres con Dios quedó afectada al surgir la ciencia moderna). Ahora bien, si tenemos cierta seguridad de que existe un grupo de personas que por su entrenamiento son capaces de elegir alternativas que implicarían grandes beneficios para todos, entonces nos inclinaríamos a pagarles y a dejarles actuar sin más control durante largos períodos de tiempo. No existe tal seguridad ni por motivos teóricos ni por otros personales. Hemos de concluir que, en una democracia, la elección de programas de investigación en todas las ciencias es una tarea en la que deben poder participar todos los ciudadanos”.¹⁹

Un ejemplo de la imposibilidad de visualizar y decidir sobre los riesgos derivados de determinados planteamientos en el área militar son los cálculos sobre los que sustentaba la Iniciativa de Defensa Estratégica (la conocida como “guerra de las galaxias”).²⁰ Este tipo de cálculos dirigidos a justificar determinadas decisiones

¹⁸ Anthony Giddens, “La vida en una sociedad postradicional”, en *Revista de Occidente*, nº 150, Noviembre 1993.

¹⁹ Paul Feyerabend, *Adiós a la razón*, Tecnos, Madrid, 1984, pp. 118-119.

²⁰ Guillermo Velarde, “Análisis de la Iniciativa de Defensa Estratégica”, en VV.AA., *Impacto de las tecnologías avanzadas sobre el concepto de seguridad*, FEPRI, Madrid, 1987.

en política de defensa fueron extraordinariamente desmontados por Ernest P. Thompson en su conocido trabajo *Protesta y sobrevive*.²¹

Ligada a un determinado análisis de la realidad y a una determinada concepción de la defensa, sometida a las presiones de empresas y a los intereses de los profesionales de la milicia, la política de defensa se quiere hacer pasar por una cuestión fundamentalmente técnica, cuando en realidad se trata de la consecuencia de importantes presupuestos, intereses y decisiones cuya existencia es permanentemente escamoteada a la opinión pública. No deja de ser lógico que la concepción dominante de defensa sea militar, si la sociedad civil ha sido, por definición, excluida de su discusión.

*“La defensa sólo puede ser instrumento para la paz cuando se relativiza y ocupa la función que le corresponde, es decir, cuando se desvincula de la guerra, lo que quiere decir que sería preciso entender por tareas de defensa ante todo las que se refieren a la defensa de la sociedad civil y sólo en ese sentido cabría mantener el carácter primordial de la defensa: cualquier otra identificación de la misma conduce a su militarización, que es tanto como su sacralización, lo que conduce a la pérdida de la iniciativa ciudadana, del protagonismo de la sociedad civil”.*²²

Alguien puede cuestionar: ¿pero, es realmente posible implicar a la ciudadanía en el análisis y debate de las políticas de defensa? ¿No existen razones derivadas de la apatía y desinterés de los ciudadanos en las democracias por la cosa pública, de la complejidad del tema y hasta de la seguridad de la nación que limitan las posibilidades reales de democratización de estas cuestiones?

El desinterés es mucho más consecuencia que causa de la no participación efectiva en la sociedad para la misma, no limitándolas. En cuanto a la complejidad de los contenidos de las decisiones, no faltan experiencias que han posibilitado la intervención ciudadana en ámbitos en principio reservados a expertos.²³ En cuanto al reparo de la seguridad, está íntimamente ligado al propio núcleo del debate: la propia concepción de la defensa, el para qué de la misma.

La aportación de la objeción y la insumisión

Siguiendo a Rawls, es posible considerar la desobediencia civil como un dispositivo que tiende a hacer más firmemente justo un régimen constitucional: “la desobediencia civil podría jugar un papel altamente moralizador del proceso político, al poner de manifiesto sus imperfecciones, irregularidades e injusticias”.²⁴

En efecto, si por algo se caracterizan los denominados nuevos movimientos sociales es por poner en cuestión aquellos modelos democráticos que se limitan a

*La defensa
sólo puede
ser
instrumento
para la paz
cuando se
relativiza y
ocupa la
función que le
corresponde,
es decir,
cuando se
desvincula de
la guerra.*

²¹ Ernest P. Thompson *et al.*, *Protesta y sobrevive*, Blume, Madrid, 1983.

²² F. Javier De Lucas, *op. cit.*

²³ Una obra clásica a este respecto es la de Dorothy Nelkin, *Technological Decisions and Democracy. European Experiments in Public Participation*, Sage, Beverly Hills/London, 1977.

*No podemos
olvidar
tampoco el
importantísimo
valor
pedagógico,
socializador,
de la
desobediencia
civil.*

considerar la democracia como un mero método político y a los ciudadanos como simples votantes que, junto con su voto, encierran en una urna toda su capacidad de intervención política.

El movimiento antimilitarista saca a la plaza pública la cuestión de la defensa, exigiendo su debate. Esta es su primera aportación a la profundización de la democracia.

A esta le sigue otra. En muchas ocasiones, para abrir espacios a la participación hay que empezar por negarse a participar en lo existente. De ahí el valor intrínseco de la desobediencia civil, por más que en algunos casos pueda legítimamente ser cuestionada. La negativa a colaborar con la conscripción o con los gastos militares no es un simple rechazo de lo existente, sino una llamada pública y colectiva a trabajar por su transformación. De ahí el reto de toda propuesta de objeción o insumisión: pasar de la elección personal a la elección social, de la postura individual a la acción colectiva.

Y no podemos olvidar tampoco el importantísimo valor pedagógico, socializador, de la desobediencia civil. Su llamamiento a cada ciudadano y cada ciudadana a tomar sobre sí la responsabilidad de sacar adelante su proyecto de sociedad es la principal vacuna contra esa apatía moral que en su extremo puede llegar a configurar esa personalidad aberrante que Bilbeny ha denominado el "idiota moral", protagonista de tantos y tantos ejemplos de ese pecado capital del siglo XX, de ese mal característico de nuestro siglo, que es el asesinato de masas o el exterminio metódico.²⁵ Apatía moral que no sólo es propia de regímenes autoritarios, sino que también se extiende en las sociedades democráticas.

Pero el movimiento por la paz se encuentra, en la actualidad, ante un importante desafío si de verdad quiere incidir en esta dirección democratizadora, desafío que no es otro que el ofrecer contenidos para el debate y la decisión de los ciudadanos y las ciudadanas en materia de defensa. Vicenç Fisas lo ha expresado con claridad: "No basta con exponer nuestra utopía o nuestros proyectos a largo plazo; hay que señalar también los caminos para que la sociedad pueda llegar hasta ahí".²⁶ Es esta una tarea más complicada, ante la que las posturas en el movimiento por la paz son diversas y hasta enfrentadas.

Y termino. La desobediencia civil, la objeción y la insumisión, han contribuido a desacralizar la cuestión de la defensa, a cuestionar la naturalización de la violencia, a revisar la presencia y funciones de lo militar en nuestras sociedades. Su aportación crítica ha hecho posible, acaso por primera vez en nuestra historia, que la guerra, su preparación y su realización, deje de ser vista como una fatalidad para empezar a ser concebida como una opción. Y en cuanto opción, discutible, falible, no natural, frente a la que cabe la alternativa, la crítica y la oposición.

²⁴ John Rawls, *Teoría de la justicia*, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1979, pp. 96-98.

²⁵ Norbert Bilbeny, *El idiota moral. La banalidad del mal en el siglo XX*, Anagrama, Barcelona 1993, pp. 16-17 y 21.

²⁶ Vicenç Fisas, "El movimiento por la paz ante las alternativas de defensa", en *En Pie de paz*, nº 21/*Papeles para la Paz*, nº 42, 1981.

“Guerra o paz: es la lucha, entre, por una parte, la fatalidad y el determinismo de las cosas, si las deja actuar o se las soporta pasivamente, y por otra parte, la libertad del hombre. Si la fatalidad de las cosas vence a la libertad del hombre tendremos la guerra (...)

El hombre prometeico y angustiado de este final del siglo XX puede ahora sacar de su conocimiento, de su inquietud y del sentido reencontrado de sus solidaridades la lucidez y el valor necesarios para mejor dominar el fuego que robó a los dioses. Tiene que quitarle a la guerra su sentido sagrado, y puede aceptar su desafío”.²⁷

²⁷ Gaston Bouthoul y René Carrère, *El desafío de la guerra*, EDAF, Madrid, 1977, pp. 254-255.